

seuísticos, con todos sus hilos, ⁷²
con todos sus colores invisibles y
todas sus texturas intangibles.

Detante de la ataridada
de miso se fundos me quedé complo
tamente muda, apabullada. Cuando
al fin me recuperé de la impresión
empresada, en refunde y por fortune,
me por mede del mundo jodra
des lugar a me se me escapara
de las manos.

Que no hebra murado
el pseudo antes, estaba diciendo
cuando recobró el conocimiento,
por que no lo hebra estrenado
hasta ese ultimo momento. Que
n', me comprado lo leura dade

En este punto se encontraba el manuscrito de Cuázules cuando el operario —no tan informal, pues que llegó a la hora convenida y reparó a plena satisfacción la pata rota de la butaquita en la que acto seguido pudo sentarse la que por desconocer su nombre de pila llamaremos “nuestra protagonista” para, desayunándose unos huevos fritos con bacon

(aunque no era su costumbre, ya que fue siempre persona frugal que solía limitarse a un café bebido con nubecita de leche y sin azúcar, pero, como ella se dijo, “un día es un día”) frente al ventanal contemplar cómo un suave vientecillo mecía amoroso las ramas del sauce llorón que, aun no encontrando consuelo ni entre los brazos de su amante para su profundísima aflicción era, como decía ella, “la alegría de mi jardín” sin, por ello, dejar de reconocer que, como también decía “por lo demás no es precisamente de las delicias, tan descuidado que lo tengo por causa de ésta artrosis que aqueja a mis rodillas y, sobre todo, a mis pobres manos” —fue compelido a meter baza sí o sí; ocasión que, diligente él, aprovechó para arrogarse la pequeña parte de protagonismo que habría de conducir, como a la larga se vería, a no pocos equívocos y una muy grande confusión.